

LA GENERACIÓN DEL ATENEO Y EL ENSAYO MEXICANO

“De cent membres et visages qu’a chaque chose, j’en prends un tantost à lecher seulement, tantost à effleurer, et parfois à pincer jusqu’à l’os. J’y donne une poincte, non pas le plus largement, mais le plus profondément que je sçay. Et aime plus souvent à les saisir par quelque lustre inusité”. Así describe Montaigne (*Essais*, I, cap. 50) su innovador método de ver y decir las cosas, así caracteriza ese fecundo género literario por él inaugurado: el ensayo. De sus palabras se desprende que una de las notas fundamentales del ensayo es el elemento subjetivo, individual, que asedia y penetra un asunto, lo ilumina en todas sus facetas y refleja, de rechazo, los intereses, la actitud y la personalidad del ensayista. Por sus caracteres formales de amplitud y método, tan flexibles como variado es su contenido, el ensayo se presta para la expresión y discusión de toda clase de problemas. Sus variedades son prácticamente ilimitadas, desde el más didáctico, donde lo que importa es el rigor expositivo, hasta el más lírico, en el cual puede haber la misma libertad de expresión que en el poema.

Debido a esa naturaleza peculiarísima del ensayo, caben dentro del género las discusiones más variadas a propósito de los problemas de toda índole que pueda encarar un país, especialmente en momentos de crisis. No es de extrañar, pues, que la moderna literatura ensayística de México, si bien tiene como punto de partida el Modernismo, deba su cabal sentido y vigencia al momento histórico que transforma la estructura general del país. La Revolución de 1910, como fenómeno social y político, tiene en la vida de México una trascendencia única por sus antecedentes y sus conquistas. Tan definitivo como la Independencia y la Reforma, este movimiento se enfrenta a preguntas vitales e inaplazables. En ese planteamiento de problemas el país va adquiriendo conciencia de su responsabilidad como tal, frente a sí mismo y frente al mundo. Ha llegado el momento de las revisiones fundamentales. Y de la misma manera que en vísperas del movimiento independiente los humanistas del siglo XVIII intentan un inventario de la riqueza espiritual y material de la Nueva España, los pensadores de principios del siglo XX emprenden una valoración y un balance de lo que les pertenece

como herencia histórica, para revisar sus actitudes y orientar el espíritu del país hacia un futuro más congruente con su esencia y con la marcha general de la cultura. En cada época, la conciencia del país está representada por los escritores de mayor relieve. Y no es una exageración asegurar que en México esa responsabilidad corresponde hacia el año de 1910 a los jóvenes que forman el Ateneo de la Juventud.

Pero antes de pasar adelante conviene mencionar la coincidencia temporal y temática que existe entre los ensayos que se escriben en México y los que se escriben en otros países hispanoamericanos. Género de madurez, exponente de la conciencia de los pueblos, el ensayo lleva a cabo un difícil esfuerzo de "autoconocimiento y autodefinición", válido para un presente de soluciones prácticas e inmediatas y para un futuro que lleva implícita la garantía de un destino alto y noble. De la reposada y reflexiva meditación que era en sus orígenes, el ensayo pasa a ser en América, como dice Medardo Vitier, un género "vigilante" y "batallador". "No hay en estos pueblos a la vez vivaces y dolorosos —prosigue el mismo autor—, preocupación que no haya recogido, ni peligro que no haya avisado, ni sus cultivadores se han dado punto de reposo, de Sarmiento a Hostos, a Carlos Arturo Torres, a Antenor Orrego, a Alcides Arguedas".

Evidentemente, este espíritu crítico que anima al ensayo no aparece por primera vez en México alrededor de 1910; ahí está la pléyade de humanistas del siglo XVIII, o un pensador del XIX, como Altamirano, con su clara conciencia de la misión de la literatura; pero la intuición de sus alcances, el rigor lógico y la categoría estética sólo se ponen de manifiesto cuando se avecina la crisis de todos los valores del pueblo, y cuando la participación en la tarea de orientación es inminente. Y si bien es cierto que los miembros del Ateneo de la Juventud unen sus fuerzas para luchar contra el estancamiento cultural y la improvisación sistemática y las ideologías caducas, el primer paso en esa orientación lo dio antes Justo Sierra.

Quien estudia la extraordinaria personalidad de Sierra debe estudiar también, forzosamente, el papel que desempeñó en la vida nacional la filosofía positivista. Gabino Barreda y Justo Sierra adoptaron esta filosofía, como se sabe, por la necesidad de imponer un orden estable en oposición a la anarquía reinante; pero andando el tiempo, el positivismo llega a convertirse, de "dictadura republicana", en "dictadura de la burguesía". Sierra, que durante el régimen porfirista es ministro de Instrucción pública, desarrolla con gran visión y acierto una importante obra cultural. Se aplica a los estudios de problemas históricos y sociales de la vida de México, y los interpreta con originalidad y agudeza. Su amplia cultura, su posición política, su genuino interés en los problemas nacionales, su estilo vigoroso y límpido hacen de sus ensayos no sólo importantes docu-

mentos de su tiempo, sino programas vigentes hoy en día, en el terreno de la educación nacional y de la comprensión de ciertas zonas de la historia patria, particularmente la época en que a él le ha tocado vivir y actuar. Todos los estudiosos están de acuerdo en que las virtudes de Sierra como ensayista son más evidentes en el memorable discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad, el año de 1910. Es allí donde propone el retorno a las humanidades, apartándose decisivamente de los maestros suyos que proclamaban el positivismo científico; y es allí también donde postula la adquisición de los medios para “nacionalizar la ciencia” y “mexicanizar el saber”, porque es a los estudiosos a quienes toca “demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia”, aunque Sierra sabe que el conocimiento de lo nacional y de lo americano sólo será válido si se vive en íntima conexión con lo universal.

Sierra es también precursor de los caminos que recorrerá posteriormente la crítica exclusivamente literaria, en su Prólogo a la *Poesía* de Manuel Gutiérrez Nájera (1896). El rigor conceptual, la fundamentación lógica, el aparato erudito no opacan en ningún momento la personalidad del autor, que, si presenta sus opiniones de manera metódica, puede imponerlas por la intensidad y efusión con que sabe expresarlas.

En la reacción contra el positivismo, que tuvo en México larga permanencia gracias a sus nexos con el poder político y que llegó a convertirse en doctrina oficial única, fue decisiva la labor crítica del Ateneo de la Juventud. Esta generación, educada en los últimos años del gobierno porfirista, experimenta en carne propia las deficiencias de la escuela de Barreda y piensa que “crear la libertad” es “la primera necesidad” del país. La juventud se rebela al ver coartada su libertad espiritual en un ambiente empobrecido, que no le proporciona los medios indispensables para el armonioso desenvolvimiento de la personalidad humana. Estos jóvenes, estudiantes en su mayor parte de la Facultad de Leyes, empiezan a señalar los errores del régimen político y a trabajar por su cuenta en la consecución de los aspectos culturales que la defectuosa educación impartida en las escuelas no puede proporcionarles. En compensación, uno de los rasgos distintivos del grupo será la preocupación educativa y social; y otro, igualmente valioso, la investigación y comprensión de la realidad mexicana, olvidada entonces a causa de las importaciones extranjeras que normaban la vida de las clases media y alta. “Sentíamos —dice Pedro Henríquez Ureña— la opresión intelectual junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta el país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde

Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer”.

La aparición de la revista *Savia Moderna* es como el primer aviso del espíritu renovador, junto con la exposición de pintura en que se dio a conocer Diego Rivera. Los jóvenes ateneístas buscan después el contacto directo con el pueblo por medio de conferencias en lugares públicos. En 1908, el acto en memoria de Gabino Barreda se interpreta como la emancipación de la conciencia pública frente al régimen de la dictadura. Antonio Caso dicta en 1909 en la Escuela Preparatoria un famoso curso en el cual rechaza la filosofía positivista y propone los caminos nuevos de la filosofía moderna. El 28 de octubre de 1909 se hace la fundación oficial del Ateneo de la Juventud, y las sesiones quincenales se llevan a cabo en la Escuela de Derecho. La serie más importante de conferencias es sobre temas americanos y se publica en 1910. En la segunda parte de la labor del Ateneo en la vida pública se cuentan la implantación de la cátedra de Filosofía en la Universidad, la fundación de la Universidad Popular, la creación de la Escuela de Altos Estudios y un nuevo ciclo de conferencias.

En el volumen que recoge las conferencias de 1910 aparece la lista de los primeros socios del Ateneo. Son más de treinta los numerarios, y ocho los correspondientes. De ellos, pocos son los escritores propiamente dichos. Vistos en conjunto, no corresponden sus características a las que se consideran típicas del grupo. Políticamente, no representan ni un partido ni una fuerza: había adictos al régimen de Díaz y revolucionarios activos. Literariamente hablando, algunos procedían de la *Revista Moderna* y continuaron dentro de la corriente postmodernista, que para estas fechas había perdido en gran medida su eficacia. Todo esto quiere decir que, en realidad, no fueron treinta los miembros del Ateneo, ya que sólo unos cuantos determinaron la fisonomía de la promoción y sirvieron de guía a las generaciones posteriores: Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña fueron los maestros. Cerca de ellos se colocan José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo. Aunque el trabajo colectivo dura pocos años (1909-1914), su trascendencia alcanza las proporciones de una revolución cultural tan importante para el país como la política o la social. El significado del Ateneo de la Juventud en la historia de la cultura no se reduce al campo literario, sino que abarca todos los intereses intelectuales. El espíritu que lo distingue es el filosófico, y la intención común —como observa Samuel Ramos— es la moralización. Su labor de mayor trascendencia se orienta hacia la revisión y crítica de los valores intelectuales. Señala los errores del régimen imperante y transforma el concepto de la educación en México. Su amplitud de perspectivas en cuanto a los problemas del país es posible gracias a su

preparación humanística. Si su influencia no tuvo mayores alcances, ello se debió a la dispersión, obligada en una hora tan turbulenta y tan amarga para el país.

El grupo como tal se significa por su actitud en la historia de las ideas en México. La dirección que lo define es la necesidad de la integración nacional, ligada a la llamada “emancipación mental” hispanoamericana. Tanto en conjunto como individualmente, los miembros del Ateneo expresan el anhelo de “llegar a ser —según lo expresa Ramos— contemporáneos de todos los hombres”.

SIGNIFICACIÓN DE ANTONIO CASO

En el *Ulises criollo*, Vasconcelos presenta a Caso como “el jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. . . , porque en sus manos seguía la piqueta demoleadora del positivismo”. Fue, en México, el primer hombre dedicado totalmente a la filosofía. Y, tras el buen éxito que alcanzaron sus conferencias contra el positivismo, fue él quien impuso en la Escuela de Altos Estudios la enseñanza de esa disciplina. En su cátedra predica el intuicionismo bergsoniano, y se hace merecedor del título de Maestro, no sólo porque endereza una brillante campaña contra las ideas comtianas y porque con él la reacción antipositivista adquiere cuerpo y resonancia pública, sino también porque abre la puerta a las corrientes de la filosofía moderna y, con su talento expositivo, inicia un saludable intercambio de pensamiento que despierta el interés de la juventud y promueve la crítica de las ideas.

Caso es específicamente un filósofo cuya obra toma dos direcciones: la de los temas universales (puesto que la vocación permanente de su pensamiento lo orienta hacia la filosofía pura) y la de los problemas concretos de la realidad histórica de la cultura mexicana planteados por la Revolución. La discusión de los problemas particulares está expuesta en libros como los *Discursos a la nación mexicana* y *El problema de México y la ideología nacional*. Caso se acerca a la Historia para indagar las causas que han producido la Revolución, y las encuentra en la permanente incapacidad de los mexicanos para “concebir las dimensiones precisas de su realidad”. Esta incapacidad, según él, se advierte ya en los siglos coloniales, se precisa en la época reformista y se concreta en el porfirismo, con el establecimiento de un gobierno sin ideales que prefirió “sistemáticamente el desarrollo de los factores económicos”, creyendo que “la riqueza es el solo asiento de los gobiernos fuertes”. La falsa estabilidad positivista se resuelve en una crisis que, pese a su signo destructivo, lleva aneja una grave lección para el país, a saber: que la importación de culturas extranjeras, y la imitación de sistemas foráneos para resolver nuestros problemas particulares, no serán nunca una verdadera solución. Ésta sólo será posible cuando “nos apliquemos a desentrañar

de las condiciones geográficas, políticas, artísticas, etc., de nuestra nación, los moldes mismos de nuestras leyes, la forma de nuestra convivencia". Antonio Caso propone —y eso está bien claro— el desarrollo de la personalidad propia, individual y definida, por medio de una ciencia y de una educación adecuada a nuestras condiciones de vida.

La filosofía de Caso se resume en su libro capital: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, en el cual opone, a la economía representada por el positivismo, el desinterés y la caridad que la experiencia de la Revolución debe llevar a su realización plena. "Enseñemos en nuestras escuelas —dice— el mejor aprovechamiento de la existencia; pero recordemos constantemente a la juventud que hay algo superior a la existencia como economía, y es la existencia como desinterés y como caridad".

JOSÉ VASCONCELOS

De la personalidad de Vasconcelos no se puede prescindir cuando se considera el movimiento cultural del México moderno. Su intervención en la política, en la educación, en la filosofía, en la literatura ha dejado honda huella, y en cada caso cubre un momento decisivo. La obra escrita de Vasconcelos abarca buena parte de las disciplinas del pensamiento: filosofía, sociología, ensayo, historia, autobiografía. Puede decirse que la mayor parte de su producción corresponde a la sociología y a la filosofía, en la que fue creador de un sistema original. Por las cualidades excepcionales de sus libros, por el momento en que fueron escritos y por las discusiones que provocaron, Vasconcelos fue, en un momento dado, el escritor mexicano más leído de su tiempo, fuera y dentro del país, pues sus escritos contenían ese "algo que coincide a veces con la razón, a veces con la verdad, a veces con la inteligencia y a veces con la perfección. . . : la emoción".

El *Ulises criollo* sigue siendo la más vigorosa pintura de los últimos años del porfiriismo. Así, por ejemplo, la Escuela Nacional Preparatoria creada por Barrera aparece retratada en esas páginas con todas las deficiencias que le trajo el anquilosamiento de unos métodos envejecidos demasiado pronto. Las famosas máximas: "No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos", "La observación y la experimentación constituyen las únicas fuentes del saber", estrangulaban sistemáticamente la fantasía. Si al principio Vasconcelos se sintió entusiasmado y seducido por la ciencia, se decepcionó muy pronto; y más tarde, cuando tuvo que dar el paso obligado a la escuela de Jurisprudencia —quizás, dice Reyes, porque era la más cercana a las Humanidades—, el aprendizaje fatigoso de cosas inútiles lo echaba frecuentemente fuera de las aulas en busca de cosas nuevas o interesantes. A causa de estas deficiencias, varios estudiantes se agru-

paron para estudiar por su cuenta a los filósofos, al margen de la cátedra, y, siguiendo las indicaciones del maestro Justo Sierra, conocieron a Homero, Esquilo, Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare, Goethe. . .

Vasconcelos, miembro de la generación del Ateneo, tiene con sus compañeros muchas afinidades, pero también está separado de ellos por profundas diferencias. "Mis colegas —dice— leían, citaban, cotejaban, por el solo amor al saber; yo, egoístamente, atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material útil para organizar un concepto del ser en su totalidad". Todas las incitaciones de la vida pasan en ráfagas por sus páginas: sus dudas filosóficas, sus fracasos, el universo de sus preferencias, su desconcierto ante la vida del campo, sus reflexiones políticas; y todo ello —como decía— tocado con sus manos, sufrido por su experiencia, medido con su talento, intuido con su inteligencia.

Con estos antecedentes es más fácil explicar cuáles fueron las orientaciones que siguió la actuación de Vasconcelos en la vida pública como ministro de Instrucción, y cuáles las proyecciones de su ideología. Hombre de acción y de pensamiento, dejó huella en ambos campos. La tarea de la educación nacional recibió de manos de él, en 1920, el más amplio y generoso impulso. En la elaboración de programas para la realización de esta empresa se hicieron patentes, como nunca, las grandes lagunas que ignoraron otros regímenes y que era preciso llenar para conseguir, en el menor tiempo, esa integración nacional, tan utópica hasta entonces.

De esta experiencia sufrida y pormenorizada de las necesidades y anhelos del país, pasa Vasconcelos a la doctrina. Le preocupa una interpretación de la cultura iberoamericana. Su fama de profeta americanista proviene de las conclusiones que a este respecto aparecen en obras suyas como *La raza cósmica* y la *Indología*. Él quiere que los pueblos americanos creen una filosofía propia, y que se sacudan las influencias de filosofías europeas: "Se han hecho —dice— filosofías a centenares con los datos de los sentidos y con las reglas de la inteligencia. Y yo creo que corresponde a una raza emotiva como la nuestra sentar los principios de una interpretación del mundo, de acuerdo con nuestras emociones". Vasconcelos, por sus medios particulares —sus ambiciosas perspectivas, su dinámica de pensamiento, su pasión—, llega a las mismas conclusiones que Caso: es necesario guiar al mexicano o al americano hacia un nuevo humanismo, porque la razón y la ciencia no son suficientes para realizar valores humanos.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

En un estudio sobre el Ateneo de la Juventud no puede faltar el nombre del ilustre dominicano Pedro Henríquez Ureña, maestro,

orientador de aquella generación y uno de los ensayistas y críticos que mayor influencia ejercieron en nuestro medio. Radicado en México desde 1906, es figura preponderante en el movimiento de reacción contra el positivismo y uno de los primeros que advirtieron el cambio de actitud mental que se originaba en América. Discretamente le reprochó a Caso su indecisión, cuando éste vacilaba en abandonar del todo la filosofía positivista, y su amonestación aceleró el cambio de la enseñanza de la filosofía en México.

Henríquez Ureña es ensayista y crítico ejemplar. En primer lugar, posee amplios conocimientos de cultura europea, y maneja esta erudición con método riguroso, con claridad y mesura, gracias a un ejercicio constante del lenguaje y a una madurez de juicio cuyo resultado fue siempre la justa estimación de los valores. Hombre de temperamento formalista y sobrio, incitó a sus compañeros del Ateneo a sustituir la improvisación por el rigor, e impuso al grupo la dirección cultista que lo caracteriza. Reyes recuerda a Henríquez Ureña en su primera estancia en México: "Aquella juventud que no ardía en volubles llamaradas, sino que doraba a fuego lento su voluminosa hornada de horas y de estudios. . . Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender, y por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones".

No es casual que haya sabido entender nuestros problemas, pues los hizo suyos; pero sí es extraordinario que, al reflexionar sobre ellos, sus intuiciones hayan alcanzado permanencia en nuestro desarrollo literario. A él le preocupan las aspiraciones americanas que buscan su expresión original, y asegura que "por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales". Al hablar de los caracteres propios de cada país en la unidad de la América española, encontrará en la poesía mexicana estas notas peculiares: el sentimiento velado, el tono discreto, el matiz crepuscular. Y en su estudio sobre el mexicanismo de Alarcón, rescata para México el ingenio del singular dramaturgo.

Entre sus libros principales están *Horas de estudio* (1910) y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1924). En estos ensayos, la lúcida visión de conjunto da a la información literaria una perspectiva histórica. A Henríquez Ureña le interesa relacionar los fenómenos de la historia intelectual con los de la historia política, y llevar a cabo una apreciación de valor. Ejemplo de esto es su ensayo sobre "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", escrito hacia 1924. En unas cuantas páginas apretadas y objetivas, traza el cuadro histórico de los años de la Revolución para dar a conocer, con fechas, nombres y opiniones, el estado y los antecedentes de la educación popular hasta llegar al período 1920-1924, en

que Vasconcelos realiza la cristalización de estas aspiraciones. Informa acerca de las actividades del Ateneo, de la enseñanza universitaria y sus conquistas, de la agitación política, de la actividad literaria, pictórica, arquitectónica, musical, para concluir que la crisis revolucionaria trajo a México la conciencia de sus problemas, la conciencia de su capacidad para resolverlos y la conciencia de que el camino para alcanzar la universalidad es el conocimiento y apreciación del propio valor.

LUIS G. URBINA

Aunque el movimiento ateneísta fue obra de jóvenes, a él se unieron algunos de los escritores ya formados que simpatizaban con los ideales de la juventud. Entre ellos está Luis G. Urbina, discípulo incondicional de Sierra, que reconoce, como su maestro, la calidad y trascendencia de la tarea que el grupo se ha impuesto y decide colaborar en ella. En *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes habla del entusiasmo de los hermanos mayores: Urbina y González Martínez. Parece lógico que los mayores guíen a los menores, pero es raro que un hombre maduro y de prestigio se mezcle con los recién venidos, les dé un trato de amistosa igualdad y no tenga empacho en “abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo”, en su compañía.

Urbina toma parte activa en la revisión de valores, y con Henríquez Ureña y Nicolás Rangel lleva a buen término, en la *Antología del Centenario*, el estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia. Aspira la *Antología* a hacer la historia de un siglo de literatura y a presentar una selección ilustrativa de esa producción. Al extenso estudio preliminar, escrito por Urbina, se añaden una bibliografía, notas crítico-biográficas, eruditas y aclaratorias, y un catálogo de escritores. La *Antología* fija certeramente las fuentes documentales, establece un orden en su importancia y examina con criterio justo la producción literaria. Es, en realidad, el primer gran panorama de la literatura nacional, de rica pero rigurosa información, sobrio y bien dispuesto.

El método analítico de Urbina, perfeccionado sin duda bajo la influencia de Henríquez Ureña, produjo otro memorable ensayo, cuya base fue una conferencia leída en 1913 y ampliada en 1917 con motivo de las lecciones sobre literatura mexicana que dictó en Buenos Aires. *La vida literaria de México* es un recorrido por cuatro siglos de producción; y, como en el caso de la *Antología*, la originalidad del trabajo depende de su aspecto subjetivo. A Urbina, familiarizado como estaba con la abundantísima documentación, debe haberle sido fácil animar el ambiente histórico social y dar vida a las figuras del escenario. La última parte tiene su mayor valor en el testimonio personal. En esta sección se ve con claridad que la

intuición crítica de Urbina está dirigida por su fina sensibilidad, pues los juicios que emitió sobre la obra de sus contemporáneos apenas han sufrido rectificación con el paso del tiempo.

La lección de Urbina es evidente: coopera en el terreno literario a la labor de revisión y crítica de los valores nacionales, y consagra sus mejores aptitudes a una labor colectiva.

ALFONSO REYES

Quizá porque la presencia física de Alfonso Reyes parece estimular aún el ambiente literario de México, o porque en cualquier momento el tono cordial y la vivacidad de su palabra, repitiendo los luminosos párrafos de la *Visión de Anáhuac*, puede sorprendernos con la ilusión de que no se ha marchado de nuestro lado, quizá por ello resulte difícil ubicarlo en un pasado que ya no es inmediato, el de 1910.

Tal parece que la personalidad de Henríquez Ureña y la de Reyes, en cierto sentido, se complementan: los dos perfeccionan métodos y técnicas de crítica en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, pero mientras el uno se decide por el rigor metodológico y mantiene su fuerza de comunicación en la función intelectual, el otro prefiere no sustraerse a las aventuras del pensamiento. La inteligencia de Reyes es dialéctica: “le gusta volver del revés las ideas para descubrir si en el tejido hay engaño; le gusta cambiar de foco o punto de vista para comprobar relatividades”.

Reyes es el ensayista por antonomasia, y sus escritos caen fundamentalmente en el campo literario. Por la variedad de sus intereses, por su curiosidad intelectual, por su imaginación e ingenio, Villaurrutia lo llamó “hombre de caminos”. No es un “especialista” en el sentido en que ahora se entiende el término, porque los especialistas tienen su tema, su campo, su limitación, y Reyes, no. Él se mueve con ligereza en el amplio mundo de la literatura universal, y nada le es ajeno: se aclimata pronto en la geografía, en la historia, en el arte, en la ciencia y en la filosofía con la misma naturalidad.

En Reyes no se advierte cambio notable entre sus trabajos iniciales y los más tardíos. En su primer libro, *Cuestiones estéticas*, escrito entre 1908 y 1910, quedan ya definidos los lineamientos que persistirán a través de toda su obra, y los materiales de trabajo se manejan ya con seguridad. “Su madurez erudita y su crítica penetrante” no parecen las de un joven; muestra un talento brillante, una originalidad personal, una erudición limpiamente asimilada y un dominio cabal del estilo. Al lado del interés por la cultura griega, por la estética de Góngora y de Goethe y los procedimientos ideológicos de Mallarmé, aparece en él, hacia los mismos años, la atención a la literatura mexicana. Reyes es también el historiador de la Generación del Ateneo, un historiador consciente de los intereses del

grupo y del afán que lo animaba de cumplir sus responsabilidades con el país y con la cultura. Al mismo tiempo, Reyes sintetiza todas las virtudes e intereses culturales del Ateneo, y su amplísima obra posterior no es sino la reafirmación de sus principios. Primer fruto de madurez espléndida de los propósitos y conquistas de la revolución cultural, supo dar categoría estética a la tarea de la crítica literaria y al ejercicio del ensayo, gracias a su capacidad interpretativa y a sus admirables dotes creadoras.

Después de esta rápida incursión por los caminos de la crítica y el ensayo como producto de la renovación cultural iniciada en México hacia 1910, quizá podamos sacar algunas conclusiones. En primer término, es fácil advertir la postura optimista de estos escritores frente a los valores del espíritu: compárese la actitud desilusionada que se trasluce en las novelas de la Revolución, dominadas por el pesimismo y la violencia, con la esperanza vislumbrada en las páginas de tantos ensayos escritos por miembros del Ateneo, que expresan confianza en la capacidad de un pueblo que lucha por conquistar sus derechos (sobre todo, su derecho a la cultura). Esos jóvenes de 1910 eran perfectamente conscientes de su misión reestructuradora de la nacionalidad, y querían emprender su tarea sobre bases realistas. Por otra parte, ¿no es la misma actividad desarrollada en conjunto e individualmente por el Ateneo de la Juventud la mejor expresión de su fe en los íntimos valores del espíritu?

En segundo término, y en otro sentido, o sea en el de las consecuencias que tanto al ensayo como a la crítica literaria trajo el ejemplo del Ateneo, puede observarse que se perfilan tres corrientes. La primera es de carácter exclusivamente filosófico, y su relación con la literatura es sólo externa (claridad expositiva, corrección de lenguaje, etc.); proviene de Caso y Vasconcelos, y continúa con los pensadores preocupados por la realidad mexicana y sus conexiones iberoamericanas y universales: Samuel Ramos, Leopoldo Zea, el grupo "Hiperión", etc. La segunda corriente es la del ensayo crítico cercano a la didáctica, que se afirma con el ejemplo de Henríquez Ureña, tiene como base la erudición y ha ganado a lo largo de cincuenta años un notable enriquecimiento con la elaboración de estudios generales y monográficos de la literatura mexicana; aquí se incluirían nombres como los de Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Carlos González Peña, Francisco Monterde y Julio Jiménez Rueda. Y en la tercera y última estarían comprendidos aquellos ensayistas y críticos que, con libertad y personalidad original, interpretan los datos que la erudición o la experiencia les proporcionan; esta corriente última tiene como ejemplo cercano a Reyes y ahí podrían colocarse Julio Torri, López Velarde, Villaurrutia, Novo, Torres Bodet, Octavio Paz.

Estas breves páginas han pretendido dar una idea de lo que fue el género ensayístico en los años inmediatamente posteriores al movimiento revolucionario. La generación del Ateneo de la Juventud puso un ejemplo que se seguiría tanto en el pasado inmediato como en el presente activo. Los ensayistas mexicanos de hoy prosiguen, con mayor o menor intensidad, esa gran tarea de revisar el ayer para integrar nuestra historia cultural y aprender de ella la difícil sabiduría de vivir.

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

Centro de Estudios Literarios,
Universidad Nacional Autónoma de México.